



Revista de Historia Indígena Nº3  
Departamento de Ciencias Históricas  
Universidad de Chile

## ESPACIOS GEOÉTNICOS Y CONFEDERACIONES TERRITORIALES DE LA ARAUCANÍA EN TIEMPOS DE LA GUERRA A MUERTE\*

*Eduardo Téllez Lúgaro*  
Departamento de Ciencias Históricas  
Universidad de Chile

**L**a Araucanía, el corazón esmeralda de la tierra mapuche, emergió de las guerras de independencia como una realidad geoétnica marcada por la segregación. De una parte, configuraba una provincia recogida sobre sí misma, una región separada del “país criollo” aledaño, en relación conflictual con el naciente estado-nación chileno, frente a los cuales se alzaba como una auténtica “frontera interior”. De otra, era la morada edénica, el claustro inmemorial de una etnia que salía de la lucha emancipadora separada por un hondo cisma intestinal.

Ciertamente, las querellas internas desatadas por las luchas de independencia tenían mucha injerencia en esa fractura étnica. En especial, la bien llamada “Guerra de Muerte”, iniciada en regla en el verano de 1819. Y, a la verdad, esa contienda,

---

Proyecto Fondecyt Nº1960789

Abreviaturas utilizadas:

AGN: Archivo General de la Nación, Buenos Aires

ANS: Archivo Nacional, Santiago de Chile

CHDICH: Colección de Historiadores y Documentos relativos a la Independencia de Chile

AMG: Archivo del Ministerio de Guerra (ANS).

VM: Archivo Vicuña Mackenna (ANS).

librada por “realistas” y “separatistas” en los bosques laberínticos de la Frontera, ciertamente sembró de fisuras políticas el “país araucano”, como solían llamar al territorio mapuche independiente los escribas de entonces.

En los hechos, de otro modo no podía ser. Durante casi un lustro, los combates y degollinas entre partidarios y contrarios a la causa emancipadora de Chile estamparon su cuño divisionista en el alma colectiva del nativo austral. Toda vez que ambos partidos en pugna se las ingenian para lograr lanzar a las muchas “tribus” de Araucanía a aniquilarse mutuamente.<sup>1</sup> Fuera para perpetuar la resistencia al *Chile Patriota* (meta de los realistas). Fuera para extinguir el foco promonarquista en el escenario mapuche (diseño de los independentistas); *y a los “indios godos” o “del Rey” que lo sustentan.*<sup>2</sup>

Desde luego, si el fluir de los acontecimientos había terminado por trasladar la guerra separatista a la “selva araucana”, sus naturales estaban compelidos a hacerla y padecerla en el cuerpo. Era ese un hecho inexorable. Un “costo previsible” en los cálculos políticos del mundo *winka* en conflicto. Crear o ahondar divisiones internas en el indigenado americano, valerse de las pasiones y enconos de la “guerra tribal” constituyó el ardid eterno ensayado por la “conquista blanca” en el Nuevo Mundo.

---

<sup>1</sup> ANS, MG.,; Cfr. especialmente:

Vol.101, Vicente Benavidades, Campañas Realistas (1820)

Vol.104, Correspondencia de los Jefes y Comandantes de Armas.

Intendencia de Concepción (1820)

Vol. 171, Id.

Vol. 127, Intendencia de Concepción (1822/1823).

Vol. 146, Id. (1822/1823).

Vol. 133, Comandancia de Armas de la Frontera (1822 et seq.)

Vol. 69, Instrucciones Años 1818/1825. Expediciones a Valdivia de Beaucheuf y Wooster.

Vol. 116. Correspondencia del Gobierno de Chillán (1821/1835)

Vol. 85, Correspondencia del Ejército (1819/1830).

Vol. 81, Correspondencia de los Jefes del Ejército y Comandante de Armas. Intendencia de Concepción. (1819)

Vol. 82, Id.. (1819).

Vol. 83, id. (1819)

Vol. 53, Vicente Benavides (1817/1822).

<sup>2</sup> Id. Para la situación relacionada en los años inmediatamente anteriores al levantamiento, así como en el período de resistencia montonera de la postguerra, < cfr. <.

Vol. 163, Intendencia de Concepción y Maule (1826/1835).

Vol. 30, Comisaría del Ejército Patriota del Sur. (1817).

Vol. 24, Correspondencia de Concepción. Intendencia (1817).

Vol. 23, Intendencia de Concepción, Ñuble y Maule (1817/1834).

Vol. 166, General en Jefe del Ejército del Sur (1826/1830).

Cortés y Pizarro emplearon con fertilidad esa táctica disgregadora en la meseta central de México y en el Perú serrano, en la primera mitad del siglo XVI. Trazaron entonces un recetario magistral que sirvió a otras avanzadas occidentales para abrirse un sendero cierto hacia la dominación de la América cobriza. Y lo que fue eficaz en 1519 en el país de los mexicas, lo sería también, en escala más pequeña, exactamente 300 años después, en el de los mapuches.

Empero no hay que ver la “Guerra a Muerte” en razón exclusiva de tales disensos. Estos existían, sumergidos o en la superficie, mucho antes del estallido de aquella contienda. El alzamiento iniciado por Vicente Benavides en 1819, vino, esencialmente, a ahondarlos y a concederles mayor envergadura, pero no los creó de la nada.

Las refriegas de sangre habían mantenido vigencia durante los decenios precedentes. Sin considerar aquí los cuantiosos conflictos y choques intestinos acaecidos con anterioridad a 1770, año en el que terminó el último levantamiento general mapuche contra el dominio ibero-colonial, una seguidilla de luchas y matanzas entre parcialidades y alianzas territoriales se prolongó en la Araucanía. Y no fue ésta una mera guerrilla entre parentelas locales. Se trató, en muchas ocasiones, de choques encarnizados entre confederaciones extensas. Algunas, incluso, involucraron a los *aillarewe* de subregiones considerables. Ya entonces, varios “cacicazgos” notables de los “llanistas” (*lelfünche*) del valle central mapuche, trabaron auténticas guerras fratricidas con los del mundo “arribano” de las fajas preandinas (*wenteche*). Las gentes del *piramapu*, la tierra intracordillerana (*pewenche* en lo principal), se mezclaron también en estos desaguisados internos, ora como aliados de los llanistas, ora como sus enemigos.<sup>3</sup> Los costinos, en fin, sostuvieron sus propias disputas y algunos de sus mandos principales se mostraron proclives a los *lelfünche* en sus reyertas con los *wenteche*.

El hecho es que la “pax india” fue precaria. La declinación de la guerra de Arauco en el curso del siglo XVIII y la mayor estabilidad política de la frontera no extinguió las disputas violentas entre los naturales del país interior. Desde luego, esas luchas fueron sólo intermitentes. Con todo, se reiteraron cada tanto. Que no existía auténtica guerra de Arauco en el siglo XVIII, no autoriza a dar por abrogadas todas las formas de guerra endógenas. El ocaso de la conflagración ibero-mapuche en los espacios fronterizos es la faz dorada de la moneda. La pervivencia de erupciones violentas y de un batallar muy cruento entre confederaciones geoétnicas y segmentos “tribales” es la otra. Una cara sombría y velada; abominada por el misionero, el soldado y el burócrata civil, que representaban los grandes y pequeños intereses del Despotismo Ilustrado en los territorios limítrofes con las “naciones bárbaras”.

<sup>3</sup> ANS, VM, Guerra a Muerte, Vol. 42, Fjs. 277/282: Vol. 40, Leg. Guerra a Muerte, Fjs. 5/10. También Vols. 24, 24a, 42, 43, 44. Vid. Además Sergio Villalobos, *Los Pehuenches en la Vida Fronteriza*, Santiago, 1989: 234 et seq.

La “Pax Hispana” en la Frontera no es traducible, en definitiva, como sinónimo de “Pax Mapuche”. Eso equivale a remar a contracorriente en el oceánico caudal de testimonios históricos que dan prueba de lo contrario, y desconocer arbitrariamente los presupuestos clásicos de la teoría etnológica. Esta última ha demostrado hasta la saciedad que no basta la mediación de un poder central alóctono para formar un dique definitivo contra los desbordes de la violencia y de los conflictos agudos ocurrientes en el seno de sociedades segmentarias, desprovistas de un gobierno superior que garantice la convergencia sociopolítica de las diversas partículas étnicas sobre las cuales impera.<sup>4</sup> Por lo demás, no se debe magnificar los efectos apaciguantes de los mercados de frontera abiertos al tráfico indígena. Las dádivas y privilegios concedidos por un centro de poder colonial a líderes y linajes nativos influyentes, o la apertura de enclaves misionales dirigidos en territorios aborígenes específicos, son relativos. No pocas veces, dichos mecanismos y mediaciones incentivan conflictos de competencia. O avivan viejas rencillas segmentarias por la supremacía local y regional en aquellas corporaciones que se creen menoscabadas y/o desplazadas en la participación de los beneficios por sus antiguos rivales étnicos, más favorecidos por el estado benefactor.<sup>5</sup> En la situación de Araucanía, en el curso del siglo XVIII y principios del XIX, pese a la “paz” entre hispanos y “araucanos”, incontables fuentes primarias dan cuenta de la persistencia de la violencia endo y exoétnica ejercitada por su población autóctona.

Los propios mandos iberos incentivaron, de hecho, cuando fue menester, la guerra de fracciones.<sup>6</sup> Varias de las luchas entre segmentos indígenas se decidieron gracias a la mediación de contingentes militares aportados por el estado mayor hispano a cierto *toki* y colectivos aborígenes “aliados” sujetos al hostigamiento de parcialidades enemigas.<sup>7</sup> En varios pasajes de la historia colonial mapuche, caudillos y comunidades nativas hubo que terminaron aniquiladas de raíz por ejércitos o tropas mixtas de hispano-criollos e “indios amigos”.<sup>8</sup> Ello, debido a su accionar belicoso que se presumía “riesgoso” o “disfuncional” para los proyectos de estabilidad y pacificación global ensayados por el fiscalismo borbónico en Araucanía.

Irónicamente, la “guerra” servía ahora a los iberos, al propósito de liquidar “la Guerra” en la Frontera. La “Guerra Chica” suplantaba con sutileza a la “Guerra Grande”. Sin embargo, no cabe evaluar en términos superlativos la violencia étnica en los territorios mapuche emancipados. En otros términos, entregarse a una lectura de la historia indígena de la colonia tardía cuando uno se encuentra aquejado por el bacilo del militarismo y termina viendo guerra e incendio en donde sólo hay conflicto o disenso humano.

<sup>4</sup> Eric Wolf, *Europa y la Gente sin Historia*. México, 1987 : 204 et seq.

<sup>5</sup> Id.

<sup>6</sup> Vid. Como caso paradigmático AGN, Sala IX-20-2-6. Para un estudio global del asunto: Leonardo León, “La Corona Española y las Guerras Intestinas entre los Indígenas de Araucanía, Patagonia y las Pampas, 1760-1806. *Nueva Historia*, 2, Nº5. Londres, 1985: passim.

<sup>7</sup> Id.

<sup>8</sup> Id.

En dicho sentido, la interpretación “hobbesiana” que hace de las querellas “araucanas” del siglo XVIII una inacabable “guerra de todos contra todos” es artificiosa. Intentar aplicarla significa postular, mediante un gris automatismo síquico, que “conflicto tribal” es (mecánicamente) homónimo de “guerra tribal”.

De facto, muchos conflictos interlinajes y muchas “oposiciones segmentarias”, como dirían Middleton y Tait, no siempre terminan en baños de sangre. La contienda fratricida, aun la llamada “tribal”, está teñida de dilaciones, tratativas, mediaciones y arbitrajes, de sanciones sociales, episodios rituales y compensaciones bilaterales. Tanto, que la confrontación militar, el *casus bellis*, a menudo no es la senda que dos bandos en conflicto están condenados a transitar.<sup>9</sup> La conflictividad mapuche no fue en esto la excepción de oro. Verdad es que no pocas veces estos recursos fueron ineficaces en orden a impedir el choque cruento de los *linkokona* (tropas) de dos o más entidades en pugna. Pero, en muchas otras, la colisión a mano armada estuvo distante de materializarse. Guerra y paz, sangre y fragantes ramos de canelo (el símbolo botánico de la paz mapuche) marchan entreverados en los espacios paradójicos de la Frontera. Todo según el distrito, la coyuntura y los protagonistas de que se trate. A fin de cuentas, la Araucanía del año 1820 era un país incierto para los pronósticos certeros. Fronteras adentro de esa provincia pluvial, el clima sociopolítico se prestaba más bien a los estados matizados. La agresión bélica coexistía con las modalidades incruentas de resolución de conflictos entre los grupos corporados. Sin embargo, no prevalecían la omnipotencia irrestricta de los estamentos militares indígenas ni las matanzas a granel.

De todas formas, casi ya en los lindes de la Independencia, la violencia malonera, esa ávida guerra de pequeño, alarmaba a los misioneros fronterizos. Melchor Martínez, inteligente conocedor de las regiones indígenas meridionales y de su paisanaje nativo, al evocar las cinco “provincias” o zonas geográficas que éste último poblaba, apunta:

“No reconocen gobierno común que los una y ligue entre sí, ni confederación o estatutos generales. Ni cada una de estas provincias tampoco forma cuerpo particular, no teniendo cabeza suprema ni leyes provinciales que los gobiernen y sujeten. Antes bien, se hallan separados en muchas parcialidades o reducciones, que están bajo el mando (o más bien diremos nombre) de un Cacique superior, a quien llaman Apo Guilmen, y éste tiene algunos caciques subalternos que son cabezas de otras tantas familias o parcialidades que se contienen en aquella reducción. Sin duda, en su origen debieron ser nueve según lo expresa la voz *aillarehue* que quiere decir nueve rehues o parcialidades. En el estado presente, ya no existen bajo este pie, contándose en algunas reducciones catorce y diez y seis caciques, y otras, tres o cuatro. Es increíble la división y la discordia que reina entre estas

<sup>9</sup> Cfr.: J.Middleton y D. Tait, *Tribes Without Rulers*. Londres, 1958: passim. I. Schapera, *Government and Politics in Tribal Societies*. Londres, 1956: passim. M. Gluckman, *Politics, Law and Ritual in Tribal Society*. Oxford, 1965: passim.

cinco provincias, y aún dentro de una misma entre sus diferentes reducciones, de que resultan frecuentes guerras o malocas que llaman ellos y sólo gozan el beneficio de la paz y sosiego los más inmediatos a nuestras fronteras y a las misiones por la mediación y buenos oficios de los comandantes y de los misioneros".<sup>10</sup>

Pérez García perfila a los mapuche también como "vengadores de agravios", dados a "enriquecerse con los pillajes" y a ejecutar "correrías que nombran malocas"<sup>11</sup>, asociadas, en un gran número de casos, a vendetas entre parentelas. Como que para castigar o reparar los delitos de homicidio, robo y brujería, no esperaban la sentencia de tribunal alguno: el litigio se resolvía "juntando el agraviado gente y justamente y tumultuosamente yendo a tomar la satisfacción".<sup>12</sup>

No obstante, infinidad de veces, estas maniobras agresivas se orientaban a ejercer únicamente presión armada, con la vista puesta en indemnizaciones pecuniarías que evitaban las reyertas militares directas.<sup>13</sup> Mas, los equilibrios eran precarios y su desmoronamiento originaba episodios de implacable beligerancia. Bernardo O'Higgins, cuando su breve trayectoria de diputado por Concepción, denunció en 1811, ante sus pares del Primer Congreso Soberano de la Nación, los estragos dejados en Araucanía por uno de aquellos, particularmente largo y costoso en vidas amerindias:

"la mayor parte de sus tribus (*mapuche*) -subrayó ante el cuerpo legislativo - por la guerra intestina que en estos últimos años se ha sostenido, se hallan desoladas y destituidas de bienes ¿qué época más aparente se presenta a aquellos bárbaros para recuperar los destrozos de la guerra?"<sup>14</sup>

O'Higgins profetizaba que ese momento había llegado. La línea fronteriza, casi desguarnecida a la fecha, dotada de plazas atrayentes como la isla de La Laja, rebozaba de masa vacuna. Pronto, advertía, sería vulnerada por los maloneros del sud, que entrarían a degüello en procura de botín fácil en el área "civilizada" de la provincia pencona.<sup>15</sup>

Cuando esa hora llegó, los ejércitos patriotas se encontraron a la defensiva, sin recursos casi, y escoltados por pocos aliados indígenas. Fue esta seguidilla de

<sup>10</sup> Fray Melchor Martínez, *Memoria Histórica sobre la Revolución de Chile desde el Cautiverio de Fernando VII hasta 1814*. Santiago, 1964. Vol. 2:244. Las referencias están tomadas de un informe sobre las misiones en territorio mapuche, compuesto por Martínez en 1805 (en adelante: Martínez, 1805).

<sup>11</sup> José Pérez García, *Historia Natural, Militar, Civil y Sagrada del Reino de Chile* (1810). CHDICH, Santiago, 1900. T. XXII:49.

<sup>12</sup> Id.

<sup>13</sup> Id.

<sup>14</sup> Archivo de Don Bernardo O'Higgins. T.I, Santiago, 1949:147.

<sup>15</sup> Id.

negligencias, sumada a la hábil política proselitista emprendida por los fervientes oficiales monarquistas, comisarios de naciones, capitanes de amigos, lenguas, capitanejos, frailes misioneros y terratenientes fernandistas, lo que en parte incentivó a muchas parcialidades a unirse a las tropas y partidas realistas en las forestas australes.<sup>16</sup>

Durante casi tres años pudo Benavides soñarse dueño de la frontera sur. Señor de “montoneros y de indios”, logró ocupar Concepción, la capital militar de Chile meridional (1820), y extender las hostilidades guerrilleras hasta el partido de Chillán. Batido decisivamente por las tropas republicanas en las Vegas de Saldías (1821); desalojado de la población de Arauco, su cuartel general; con el ejército montonero-indígena desarticulado por el acoso patriota, su peregrinaje de renegado acabó con su estrangulamiento público en la capital chilena (1822). El que hombres como Juan M. Pico, Miguel Senosiáin, Vicente Bocardo, Juan A. Ferrebú, Antonio, José y Santos Pincheira, y otros cabecillas realistas, lograran mantener encendida la guerra en los dos años siguientes, aunque sin ninguna perspectiva, delata el peso gravitante de los aliados nativos en el campo monarquista. Suministros, caballadas, lanceros y baluartes ocultos por la selva fría y espectral, son algunos de los apoyos que permitieron a los “hombres del rey” prolongar el ocaso de la guerra irregular en el austro chileno. Con todo, lo que movió ese torrente de favores y medios de combate no fue la voluntad anónima de las parcialidades aborígenes. Aquellas dádivas no hubieran sido posible sin la anuencia de señores territoriales de influjo.

No en vano Pico, el más brillante oficial fernandista apostado en el *limes* del Bío-Bío, vio llegado el fin de su delirio guerrero, una vez que el influyente toki *Mariluán*, su principal confederado indígena, se negara, en julio de 1824, a pasar a la orilla norte del Bío-Bío con sus *kona*, a proseguir la contienda con los republicanos, con quienes premeditaba, agotado por un lustro de exterminios recíprocos, acordar paces.<sup>17</sup> A Pico, desde entonces, no le restó más que esperar la muerte en las florestas de Bureo, en las que fue degollado por una partida patriota ese mismo año.

Al pactarse en Tapihue (1825) la paz entre el estado patriota y los toki y lonko que siguieron la estela de Benavides, la Araucaria afloró de la Guerra a Muerte segmentada en una tripartición que se mantendrá indeleble hasta la derrota de 1882. A lo largo de la lucha, se tornó un hábito verbal referirse a *abajinos*, *costinos* y *arribeños*, suerte de tríptico etnográfico que, sin duda, tenía raíces en la colonia tardía. Los lindes máximos del mundo arribeño (*wentemapu*) el territorio tutelar de los *wentenche* (arribanos), han sido fijados originalmente entre el pago de Tucapel (37° 17' S.), riberano al curso superior del río Laja, por el norte, y el tramo superior del río Allipén, casi en el borde del paralelo 39, por el medio día.<sup>18</sup> En el intermedio de esos dos puntos

<sup>16</sup> ANS., MG., Vol. 101, Vicente Benavides, Campañas Realistas (1820), Vol. 53, Vicente Benavides (1817/1822). Además, VM. Vols.: 24, 24a, 42, 43, 44, 93, 94, 97, 109, 111, 141.

<sup>17</sup> Benjamín Vicuña Mackenna, *La Guerra a Muerte* (1868). Buenos Aires, 1972:122.

<sup>18</sup> Tomás Guevara, *Historia de Chile. Chile Prehispano*. Santiago, 1925, T.I.:244.

extremos, los arribanos copaban los territorios de Quilleco, Santa Bárbara, Mulchén y las zonas cercanas a las primeras aguas de los ríos Renaico, Malleco, Traiguén, Cautín y Quepe.<sup>19</sup> Se trataba, ante todo, de parcialidades subandinas, disgregadas a través de la faja cordillerana que en tiempos de la Corona se designara como *inapiremapu* (tierras cercanas o “junto” a la nieve). Sin embargo, entre los wenteche se incluyó constantemente a las poblaciones mapuche de las tierras altas o de los llanos (*Jelfünmapu*). Esto fue factible debido a la presencia de un tramo de los llanos conformado por tierras que ganan en altura a medida que se aproximan a los territorios subandinos del este. La franja que aquí evocamos se extiende a través del flanco oriental del valle central, en el alto interfluvio comprendido entre los ríos Renaico y Cautín. La franja térrea en comento, por su contigüidad al *inapiremapu*, el país de los wenteche, fue considerada comúnmente como parte del espacio político arribano, toda vez que sus “tokiatos” o “cacicazgos” (en la jerga española) principales, así como sus colectividades ocupantes, se hallaban estrechamente consustanciadas con los intereses de sus congéneres subandinos y se mantenían en estrecho contacto político-militar con los mismos.

En suma, aquello que se conoció fundamentalmente a partir de la Guerra a Muerte como la “alianza arribana”, estaba integrada por una pluralidad de levos (*lepu*) o *rewe*, que en el pasado colonial las autoridades iberas entendieron como dos divisiones geográficas distintas. De una parte, todo el territorio wenteche o arribano se incluyó, antes de la emancipación, como se apuntó ya, en el *wichanmpau* (el butamapu, butanmapu, uutanmapu, etc. de otros autores), cercano o vecino a la “nieve” (I.E.: a la cordillera de los Andes). El gallardo *inapiremapu* de los cronistas. Empero, hacia 1820, en el orbe arribano se consideraba legítimamente insertos a los *rewe* ocupantes de la faja oriental del valle central o llanos del sector Renaico/Cautín. Vale decir, en plena brega por la Independencia, la confederación wetenche aparecía integrada por el grueso de las comunidades del *inapiremapu*. Así también, por una fracción del ámbito territorial que la colonia conociera como *wichanmapu* de los llanos o *Jelfünmapu*. Nítida prueba de la relatividad de las líneas limítrofes trazadas por los mandos castellanos, quienes pretendieron separar definitivamente las regiones aborígenes de Araucanía, como si se tratara de unidades sociopolíticas segregadas. En la vida real, por afinidades, parentesco, mancomunidad geográfica o ventajas económicas y políticas, las entidades mapuche burlaban esas delineaciones artificiosas. Por cuenta propia, creaban o deshacían asociaciones, ligas o integraciones políticas circunstanciales que no coincidían con las demarcaciones postuladas por la alta y baja burocracia de Indias.

Un solo dato ilustra la paradoja. Al encenderse la Guerra a Muerte, el lonko Mariluán descollaba como la principal testa de los arribanos.<sup>20</sup> Con todo, merced al poderoso influjo ganado en los años precedentes, y al hecho que habitaba preferentemente en las inmediaciones de la actual Victoria (*Jelfünmapu*), se le tenía al mismo tiempo, por el verdadero soberano o “rey de los llanos”.<sup>21</sup>

<sup>19</sup> Id.

<sup>20</sup> Vicuña Mackenna, 1868: 122 et. seq.

<sup>21</sup> Id.



El espacio arribano, en sentido estricto, se dibujó mejor en la postguerra. Cuando los roces entre el ejército nacional y los *kona wenteche* ganaron en intensidad y sangre, los cartógrafos oficiales de la “pacificación” establecieron que los *aillarewe*,<sup>22</sup> “cacicazgos” y contingentes bélicos (*linkokona*) preponderantes de los arribanos se extendían desde las nacientes de los ríos Mulchén hasta el curso superior del río Cautín<sup>23</sup>. Allí, durante decenios, se sostendría esa lengua confederación de parcialidades, el más relevante enemigo indígena de la República.

Hemos visto que el más bajo mundo del llano longitudinal estaba invadido de contradicciones humanas. El *wichanmapu* o “butamapu” llanista (*lelfünmapu*), según lo designaron los peninsulares, contenía dos grandes bifurcaciones geopolíticas. Está dicho que una de ellas era el sector de llanistas interpuesto entre Renaico y Cautín, en la franja oriental del valle central; distrito aliado al vecino país arribeño o *mapu wenteche*. Su contraparte en la geografía del llano eran los abajinos (*nagche* o *nagpuluche*).

Antes de ocuparnos de ellos, valga una aclaración de relieve. Por *wichanmapu* de los llanos se entendía, en 1810, la integridad de la depresión central comprendida entre el Bío-Bío y Toltén Alto.<sup>24</sup> De allí que, en sentido genérico, la totalidad de la población nativa asentada en la planicie intermedia (o *lelfünwíchanmapu*) entre la barrera andina y la serranía costera era entrevista, naturalmente, como llanista. Los abajinos y el núcleo *mariluano* (los llanistas de Mariluán, asociados a la alianza arribana) eran, sin duda, las dos entidades étnicas más prominentes del extenso valle longitudinal. Pero existía aquí una cuantiosa diversidad de otras congregaciones territoriales de marcada individualidad. Entre el Cautín y el Toltén, v.gr. se desgranaban los llamados “*indios de Huilú*”, de “*Boroa*”, de “*Nihualhue*”, de “*Llicán*”, de “*Maquehua*”, de “*Truf-Truf*” y otros. O las “tribus de Imperial Alto” y las de “*Aillipén*” (Allipen). En todo caso, Mangin tuvo éxito al lograr la adhesión de los voroanos, liderados por los lonkos Kalfukir y Ñonki, sin desmerecer que hizo otro tanto con Katrileo, uno de los principales de Purén, distrito abajino.<sup>25</sup>

Los abajinos o *nagche*, propiamente dichos, ribeteaban las estribaciones orientales de la cordillera de Nahuelbuta. Con todo, su acento residencial estaba puesto en la franja piemontana, desplegada entre Angol y las costas del Cautín, paralela a dicha serranía marítima.

Hombres de respeto formaban su liderato. Venancio Koñoepán era uno de los mayores (y mejores) de los lonko *nagche*. Asistido por una cuantiosa gente de lanza,

<sup>22</sup> Vid. Plano de Arauco y Valdivia de M.J. Olascoaga, 1870.

<sup>23</sup> Id.

<sup>24</sup> Pérez García, 1810:106.

<sup>25</sup> El plano levantado por el Capitán de Ingenieros D. A. Martínez (s/f) sitúa a Katrileo al S.E. de la zona de Ligcoyán, y al oriente del estero de Pichi Lumaco; se encontraba posicionado al sur de la llamada Isla de Kolipí.

rico en bienes, en prole y esposas, imperaba sobre un apreciable dominio geográfico situado en medio de los cursos del Lumaco y el Cautín, posesión que cautelaba con un apreciable séquito un malal (fortaleza) alzado a las orillas de un tributario del río Rumalgue, al oeste del Choll-Choll. El “malal de Venancio”, según lo nombra algún mapa que se diseñó en la Guerra a Muerte.<sup>26</sup>

Prendas semejantes realzaban la personalidad agreste de Lorenzo Kolipí, quien fuera el más acaudalado y poderoso de los caudillos nagche. Favorito del estado chileno, estrecho y constante “amigo” de la República. Kolipí, cabeza venerada de un linaje de pecunio cuantioso (ganado, extensiones prediales y mucha orfebrería de plata), y de extensa descendencia, tenía por centro de autoridad las Vegas de Purén, en el costado oriental de los dadivosos llanos de Hipinco.<sup>27</sup>

Regía este toki abajino, sin contrapeso, las parcialidades de los llanos angolinos, las de las colinas de Temulemu, erigidas más al mediodía y de las asentadas de Guadava y Quechereguas.<sup>28</sup> Algunos aduare de los pewenche, como los que obedecían a Malikán, habían optado por respaldar, asimismo, a Lorenzo Kolipí, cuya creciente estrella era opacada todavía por la del connotado Mangin.<sup>29</sup> Este, señor indisputado del *wentemapu*, mantenía como fieles y constantes aliados a los llanistas asentados desde el Malleco, a las márgenes del Bureo, así como a los abajinos de Purén, liga que vedaba todas las pretensiones de Kolipí, de extender su hegemonía a la integridad del *lelfünwicheanmapu*.<sup>30</sup> Al aliarse los pureninos y llanistas del noreste de los llanos con Mangin Wenu, jefe máximo de la fuerza militar arribaña, la más eficaz y crecida de toda la Araucanía, no sólo ponía un valladar insalvable a los anhelos de primacía macro-regional de Kolipí y su linaje. Pese a la riqueza y prominencia de esta entidad filial y territorial, la magnitud de la confederación arribano-llanista volvía incluso precaria la continuidad de la preponderancia de los Kolipí en su propia esfera de acción: las llamadas de Angol y la franja de Temelumú-Quechereguas. El toki Mangin observaba con animosidad las ínfulas de Kolipí y los suyos, siempre esperanzados en socavar la supremacía de los wenteche y sus aliados del *lelfünmapu*. Al mismo tiempo, la existencia de un poder político-territorial (y económico) consolidado como el de los Kolipí, quienes estaban en posición de alinear junto a sí a colectivos temibles como los Kolimán, Kalfún, Melín, Koñoepán, Kollío y Painemal, sin contar un buen número de parcialidades nagche dispersas en el piemonte oriental de Nahuelbuta, importaba una barrera considerable a la propagación de la predominancia pan-regional del binomio Mangin-Mariluán, hacia el occidente llanista.<sup>31</sup> Era una cerrada verja geoétnica que entorpecía notablemente la integración política y militar de los costeños en una confederación fluida con los arribanos, con quienes los poderes del litoral se

<sup>26</sup> Vicuña Mackenna, 1868:428, 455, 605, 626.

<sup>27</sup> Sobre Kolipí, Vid. José Bengoa, *Historia del Pueblo Mapuche*. Santiago, 1987: 72/75.

<sup>28</sup> Tomás Guevara, *Historia de la civilización de Araucanía*. Santiago, 1902, T.III:37.

<sup>29</sup> Id.:38.

<sup>30</sup> Id.

<sup>31</sup> Bengoa, 1987: 75/80.

mostraban bien dispuestos a formar liga y llegar a acuerdos transversales. Paralelamente, Mangin y Mariluán, realistas fanáticos desde mucho antes de 1810, miraban con ansiedad la hábil política de acercamiento y asociación creciente de Lorenzo Kolipí y Venancio Koñoepán con los círculos pro-independentistas del norte de la Frontera, empeñados en desmoronar el orden monárquico-colonial chileno. De éste había dependido, y seguía dependiendo, una porción significativa de las prebendas, los estatus cotizados y los roles dirigentes ostentados por ambos dirigentes étnicos, hijos pródigos de la Corona en esta parte de las Indias. Posición reconocida y aún amparada por los mandatarios de la Capitanía General con caudales de la real hacienda. Mariluán recibió la calidad de Cacique Gobernador del pago de Bureo, la cual ejerció desde la última veintena del siglo XVIII en adelante, remunerado con el circulante proveniente de las cajas fiscales.<sup>32</sup> Algunos de sus hijos varones eran becarios del Colegio de Naturales de Chillán, administrado por la orden Franciscana, cuyos misioneros trataban al generalísimo indígena con esmerada etiqueta y sentido fraterno.

El trato cordial y estrecho con la iglesia fronteriza, así como con la grande y baja burocracia civil de Araucanía a cargo de los “asuntos de indios”, esfera en la cual era reconocido como una autoridad territorial de rango superior, reforzaban el prestigio y las potestades de que gozaba Mariluán entre las colectividades del oriente y del valle central del “país Araucano”. En alto grado, los oficiales y funcionarios coloniales vislumbraban en él una suerte de figura política supra-étnica. Evaluación semejante suscitaba Mangin Wenu, tanto por la respetabilidad que había adquirido ante la iglesia misionera, cuanto por las estrechas relaciones políticas que mantenía con el escalafón de oficiales civiles y castrenses destacados en la Alta y Baja frontera austral.

La caída del patriarcal estado borbónico bien podía simbolizar su propio descenso en poder, en reconocimiento social, opulencia económica y acceso preferencial a los bienes tangibles ofertados por el sistema de frontera a sus predilectos. Los realistas encontraron en el grueso del liderato y los *aillarewe* de Araucanía el légamo fértil sobre el cual podían practicar una siembra fecunda de sus ideales de restauración monárquica. Tempranamente, los funcionarios civiles de la Frontera, cualquiera fuera su jerarquía, así como las huestes eclesiásticas que administraban la red de centros misionales en el país indígena, iniciaron un proselitismo anti-independentista exacerbado. Revivieron rápidamente el sistema de parlamentos a escala local y regional y en ellos invocaron los muchos tratados suscritos anteriormente entre los *aillarewe* mapuche y la autoridad tradicional de la Capitanía General, demandándoles el sagrado deber de asistencia militar recíproca sancionada en dichos acuerdos.

En la realidad, parece muy dudoso que un tipo de arreglo semejante lograra forzar a los *toki* y *lonko* fronterizos comprometidos por dichos tratados a intervenir en una guerra global inédita que envolvía la inserción masiva de indios y blancos en la misma. Empero, lo que tornaba seductora la exhortación española era la hábil

---

<sup>32</sup> Id.:82.

manipulación del terror indígena a las políticas rupturistas del antiguo orden de frontera. Sin tapujo se propagó, mediante una prédica de hormiga, de reducción en reducción, el pavor al espectro más temido por las jefaturas y colectivos de Araucanía: la pérdida de la soberanía política y de la propiedad social de las tierras comunales. Una y otra se daban como garantizadas de antemano por el sistema de fronteras reconocido oficialmente por la monarquía hispana. Luego, la amenaza más directa a ese estado de cosas, tan propicio al bien común bipartito, era la “impía” rebelión patriota. Se insistía ante el caudillaje mapuche que los tratados urdidos entre hispanos y aborígenes desde el último parlamento de Negrete, refrendados por la Corona, importaban el reconocimiento del rango de nación y territorialidad independiente para el conjunto de etno mapuche. Conquista histórica que la naciente república criolla no admitiría, empecinada como estaba, decían, en quebrar la organización jurídico-política fundada por la paternal monarquía ibera. De allí se seguiría, por parte de los usurpadores, el desconocimiento de la soberanía territorial mapuche. Del desconocimiento se pasaría a la anexión. De la anexión, a la expropiación *winka* del patrimonio predial y mobiliario aborígen. Después del despojo, las “naciones” indígenas del sur del Bío-Bío habrían de sumergirse en la mendicidad, la desposesión de los medios de vida y padecer la persecución y erradicación de su *admapu* ancestral por el despotismo y la intolerancia patriota.<sup>33</sup> Bienes tangibles y espirituales que por naturaleza la realeza española aspiraba a conservar como propiedad material e inmaterial de las reducciones indígenas.

Aparte esto, los “insurgentes” independentistas y su revuelta “anárquica”, denunciaban los prosélitos del Rey, habían terminado por esparcir una guerra insensata que derivaba en el cierre o decadencia de los mercados y flujos comerciales biétnicos de la Frontera y, en consecuencia, en la pérdida o menoscabo drástico de las apreciadas mercancías (insumos y manufacturas) obtenidas de los buhoneros o en las plazas hispano-criollas por las parcialidades araucanienses. El comercio interétnico constituía en 1810 un dinamizador de la economía aborígen, cada vez más vertida al exterior. Potenciaba, asimismo, la autoridad de aquellos *lonko* que ejercían el estimado rol de gestores y redistribuidores de parte de la riqueza occidental captada mediante el trueque de ganados, frutos, materias primas y manualidades de las comunidades locales.<sup>34</sup>

Toda esta dialéctica anti-independentista abultaba los pesares que traía consigo la revolución criolla. Con todo, alcanzaba eficacia no sólo por el aprecio obtenido por los funcionarios seculares y eclesiásticos realistas, que propagaban estos dichos. La estrategia patriota respecto del indígena austral no estaba en pie de contrarrestar el hábil discurso legitimista de los hispanos que actuaban entre las reducciones mapuche. Prácticamente, el gobierno separatista no tenía un aparato civil propio en

<sup>33</sup> Cfr. Las mismas fuentes del ANS, Fondos MG., y VM., citados en las notas 1, 2, 16.

<sup>34</sup> Osvaldo Silva G. “Guerra y Trueque como Factor de Cambio en la Estructura social. Una Aproximación al Caso Mapuche”. Serie Nuevo Mundo: Cinco Siglos N°5, Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile. Santiago, 1990:passim.

la Frontera. Carecían en lo inmediato de la capacidad operativa para llevar adelante un programa de paralelismo administrativo. La mayoría de los comisarios de naciones, capitanejos de reducción, comandantes de plaza, capitanes y tenientes de indios amigos, y otros magistrados fronterizos, se habían transformado en los principales sectarios del Rey. Los aterrizaría una revolución que, temían, abrogaría la institucionalidad monárquica y, con ello, los ingresos fiscales, los estatus adquiridos y toda la gama de ventajas político-económicas derivadas de la influyente posición que ocupaban. Contra este factor de poder regional, la República no poseía contrapesos equivalentes. Tampoco se encontraba en posición de contender con el aparato eclesiástico sudista, casi unánimemente puesto al servicio de la causa fernandista. Párrocos y padres misioneros, concededores de todos los toki, lonko y linajes de influencia, e incluso los príncipes eclesiásticos, lograron levantar contra el gobierno patriota a infinitud de reducciones indígenas a través de un discurso redentorista que hacía de la época realenga un estadio casi edénico para el aborígen fronterizo. Tierra bienaventurada que se encontraba amenazada de muerte, remarcaban, por la rebelión criolla contra el soberano y la ley eterna de Dios y de la Iglesia.

El sectarismo monarquista se vio tonificado por la agilidad política de los comandantes en jefe de los ejércitos realista quienes, velozmente, se valieron de parlamentos generales para afinar y consolidar alianzas amplias con los tokiazgos más relevantes de Chile meridional. En 1813, el general Juan Francisco Sánchez, v.gr., se adelantó a confederarse con los mayores líderes étnicos de la costa mapuche mediante un bien pensado parlamento, escenificado en Chillán. Otro, ejecutado en Arauco por Gavino Gainza, nuevo comandante general de las armas realistas, consolidó a principios de 1814 los enlaces político-militares con los belicosos costino.<sup>35</sup> Mediante procedimientos análogos y otras tácticas consagradas por la tradición fronteriza, lograrían, en los años venideros, atraer a alianza a los arribanos, pewenche y buena parte de los llanistas y parcialidades de ultra Cautín.

Bien se ve que los realistas explotaban y sacaban dividendos altos de la angustia ante el cambio revolucionario inducido entre los naturales de Araucanía. Pero esta "ansiedad por el vuelco", síndrome manipulado diestramente por los agentes del Rey, no caló hondamente en el mundo abajino. Los caudillos de este conglomerado geoétnico tenían del asunto una visión más certera y mucho menos apocalíptica: sus estrechos contactos con los criollos patriotas del centro-sur chileno les proveía de un saber privilegiado en lo atingente a la estrategia de mediano plazo, diseñada por las administraciones separatistas en relación a la Frontera. Intuían bien que, en lo mediano e inmediato, la soberanía y la propiedad territorial indígena no estaban directamente amenazadas desde el Gobierno. Las preocupaciones geopolíticas del estado patriota no contemplaban aún la anexión de la Araucanía. Menos la colonización dirigida de esta demarcación. Por el horizonte estratégico de la clase política criolla navegaban otras prioridades. La aniquilación del foco monárquico peruano, el

<sup>35</sup> José Rodríguez Ballesteros "Revista de la Guerra de Independencia de Chile, (1835)." CHDICH, Santiago, 1901, T.V:320.

predominio naval en el Pacífico y la expulsión de las últimas fuerzas españolas de línea desde enclaves continentales como Valdivia, o insulares como Chiloé, figuraban entre las más imperiosas. La Frontera, por ahora, interesaba a la República únicamente como frente de pacificación y no de expansión. Por lo demás, hacia 1820, no estaba el gobierno independentista en aptitud financiera y militar de emprender la ocupación final de Araucanía. En esa coyuntura era literalmente demencial intentar un paso semejante. Por lo pronto, el caudillaje abajino podía permanecer tranquilo ante los terrores de una conquista drástica del espacio mapuche soberano. O del asedio de una colonización occidental satelizada por el nuevo Estado. Antes bien, entendían que la dirigencia patriota esencialmente perseguía apaciguar el “frente Araucano” y volverse hacia objetivos geoestratégicos mayores. Designio para el cual precisaba de aliados nativos. En esta opción divisaban los cabecillas nagche una prenda de garantía de su propio afianzamiento regional. Los restantes llanistas y los arribanos, más el grueso de los pewenche serranos, apoyados ahora por tropas, armamentos, oficiales y guerrilleros realistas, constituían una amenaza directa a la sobrevivencia de sus viejos y temibles adversarios en la larga disputa por la hegemonía regional desarrollada desde mucho antes de 1810. Más todavía que las parcialidades de la costa, tras pronunciarse por el Rey, se convertían, de hecho, en un componente importante de la coalición antirrepublicana. Con esto, la eventualidad de ser exterminados por los flancos este y oeste pasaba a constituir un sobresalto cotidiano para los abajinos del oriente de Nahuelbuta.

El extenso litoral de Araucanía contenía entonces una población indígena cuantiosa, aunque muy disgregada en lo que dice relación con la distribución espacial. Pérez García describe el tramo costero de la “provincia” de *lafkenmapu* (territorio marítimo o del litoral), cual una cinta apretada entre el Pacífico y la cordillera de Nahuelbuta, extendida (ca. 1810),

“desde el Biobío por Colcura, Arauco, Tucapel, embocadura del río Cauten (Cautín), llamado hoy de la Imperial y Toltén el Bajo, que es decir, donde desagua en el mar, y Boroa”.<sup>36</sup>

Boroa, seguramente, debe entenderse aquí en referencia a la amplia bahía de Queule, sita al sur del Toltén (39°18' S.). Precisamente, uno de los afluentes del río Queule, que desemboca en la bahía homónima, es el río Boroa.<sup>37</sup> Sin embargo, para los criollos republicanos los costeños “araucanos se extendían desde la ribera sur del Bío-Bío hasta las cercanías de Valdivia”.

Para ciertos tratadistas que conocían de visu el panorama etnogeográfico de la Araucanía, cercana o ya inmersa en la guerra de emancipación, el litoral de aquella

<sup>36</sup> Pérez García, 1810:106.

<sup>37</sup> Así lo atestigua el plano de la “Línea de fortificación sobre el Toltén, practicada hasta hoy. Camino de Villarrica”. Santiago, julio de 1870. En *Documentos Relativos a la Ocupación de Arauco*, Santiago, 1870. Anexo cartográfico: map. N°3.

región poseía un confín austral más dilatado. Fray Melchor Martínez acredita que la costa "araucana" se alargaba desde el fuerte San Pedro, en las orillas del Bío-Bío, hasta tocar "el castillo de Niebla en el puerto de Valdivia".<sup>38</sup>

En verdad, ésa era la adscripción geográfica que se daba, en general, al indigenado total de Araucanía. Bien lo dice Domeyko, al aludir a

"los araucanos, comprendiendo bajo este nombre a los indios independientes que viven entre Concepción y Valdivia".<sup>39</sup>

Como sea, la población costeña hostil a la República se encontraba mucho más circunscripta. En 1819, ella se componía de las parcialidades costeñas del golfo de Arauco y de aquéllas que por el mediodía alcanzaban hasta las proximidades de Tirúa. En el levantamiento costino de ese año, en el confín del litoral, se plegaron a la insurrección las parcialidades del golfo de Arauco hasta las inmediaciones del fuerte de San Pedro (36°50' S.), muy cercano a la desembocadura del Bío-Bío. Tras la pacificación patriota, la franja de resistencia costera se contrajo considerablemente. Toda su sección boreal fue reducida; por el ejército primero, y más tarde por la colonización chilena. El río Lebu pasó a considerarse desde entonces como el lindero norte de los aborígenes costinos todavía rebeldes al estado de Chile.<sup>40</sup> Hacia el mediodía, los "indios independientes", como se les designaba, de más temple guerrero, alcanzaban hasta la desembocadura del río Tirúa. (38°19' S.) Cuando comenzaron a apaciguarse y a entrar a entendimientos más formales con la República, consistieron en fraccionar el territorio comprendido entre Lebu y Tirúa en cuatro "gubernaturas", mandadas por otros tantos señores principales, dependientes de las autoridades chilenas del departamento de Arauco.<sup>41</sup> Cada gubernatura "cacical", aparte del lonko que la regía, disponía de un ayudante administrativo del jefe indígena superior y de un "capitán cona" a cargo de las fuerzas bélicas nativas.<sup>42</sup> Los costinos más australes, hasta las inmediaciones de Toltén Bajo y bahía de Queule, se mostraron tibios y cautos en relación al

<sup>38</sup> Martínez, 1805: 243.

<sup>39</sup> Ignacio Domeyko, *Araucanía y sus habitantes* (1845). Buenos Aires, 1971:55.

<sup>40</sup> Id.: 44.

<sup>41</sup> Guevara, 1902, Tomo III: 249/250.

<sup>42</sup> Id.

<sup>(1)</sup> J. I. Molina, en su *Compendio de la Historia Geográfica, Natural y Civil del Reino de Chile (1776)* (CHCh, XI Santiago, 1878, p.241), consigna nítidamente que "los araucanos...confinan por el mediodía con el río Valdivia". Límite afirmado también por el jesuita F. Gómez de Vidaurre (1789) y por el prolijo *Plano General del Reyno de Chile en la América Meridional* (Lima, 1793), elaborado por Andrés Baleato (*Vid. nota 5a. incluida en el Plano*). Algo que aseveran también los informes de Joaquín de Villarreal (1752) y Melchor Martínez (1805)... Desde la Emancipación en adelante, con matices menores, el indigenado de Araucanía fue situado entre el Bío-Bío y el Morro Bonifacio (Corral), por el litoral y en ríos internos como el Cruces o el Calle-Calle, según el caso, por un sinnúmero de autoridades bien informadas como: J. Mackenna (1811); W. Stevenson (1804-1823); C. Bladh (1821-1828); J. Beauchef (1822);

levantamiento de 1819 y a casi todos los que siguieron a éste. Practicaron, por lo común, una política aislacionista y de menos tono belicoso que sus congéneres boreales. El marcado particularismo que mostraron en el curso de las sucesivas crisis político-militares de la Frontera segregó a dicho sector lafkenche de la estrategia de resistencia aguada llevada adelante por otras comarcas y alianzas macroterritoriales. Más allá de esporádicos choques sangrientos con avanzadas winka, los costinos del extremo sur del lafken wichanmapu siguieron una senda que los condujo a negociar con el Estado una coexistencia pacífica gradual. En el curso de la República, empezaron por dar anuencia a la instalación de las primeras misiones católicas y de algunas fortalezas chilenas en el Toltén.

En la franja más hostil a la República, habrían de descollar los lonko Wenchukir, Linkopí y Juan Cheukemilla, líderes esforzados pero muy distantes en poderío y estatus político de los toki arribanos y abajinos. Con todo, el protagonismo de las parcialidades costinas, que se decidieron a rebelarse en 1819, se tornó altamente riesgoso para el ejército independentista del sur y para sus aliados nagche de Nahuelbuta. El linde meridional de la Araucanía alcanzaba hasta la latitud del puerto de Valdivia. Así lo asientan misioneros, autoridades y tratadistas coloniales que conocían la situación fronteriza en terreno, o que poseían noticias fidedignas sobre la geografía política del "territorio araucano" independiente. Y ni el proceso de emancipación ni el de la República consiguieron borrar de las mentes ilustradas esa vieja delimitación, tanto que, ocupada la línea fluvial del Toltén (calificada como la "*nueva frontera*" sur de la Araucanía) y fortificada por las fuerzas de la República (1869), los mandos civiles y militares, instituciones, viajeros bien enterados y eminencias científicas concedoras del país aborígen, establecían que el linde austral de éste alcanzaba por la costa hasta el puerto de Corral y por el interior a los ríos Cruces y Calle-Calle, afluentes del Valdivia.<sup>10</sup> Incluso, terminada la ocupación de la región mapuche autónoma por el ejército chileno, en el decenio del ochenta, todavía se reputaba a la cadena

---

R.L. Vowell (1822); J. Rodríguez Ballesteros (1835); C. Famín (1839); I. Domeyko (1845); E.R. Smith (1853); V. Pérez Rosales (1859); V. Martín de Moussy (1865); B. Vicuña Mackenna (1868); E. Sevé (1876); S. de Schryuer (1887), entre muchos otros. La propia oficina estadística de Chile dejó bien establecido que el límite austral de los "*araucanos no sometidos*" llegaba hasta "una línea que *partiendo del Morro Bonofacio a la entrada del puerto de Corral, en la provincia de Valdivia, sube al N.E. hasta el río Calle-Calle en su confluencia con el Nalilhue, un poco al E. de la misión de Quinchilca, continuando por aquél río hasta los Andes*". (Esta y otras interesantes noticias en: *Territorio de Arauco y Población de los Indígenas. Anuario Estadístico de la República de Chile Correspondientes a los años 1868 y 1869. Stgo. 1870: 185-201*). *El Plano de Arauco y Valdivia*, de 1870, diseñado por M.J. Olascoaga, identifica con precisión la "antigua frontera" de la Araucanía por su confin sur, la cual circunscribe a un corto arco que nace en la *punta Chanchan, al norte del puerto de Valdivia, alcanza su cúspide en la misión de San José de la Mariquina y desciende al sur hasta concluir en las costas del Calle-Calle, un tanto al norte del cerro Pan de Azúcar*. En *la Descripción del territorio que Habitan los Indios Independientes de Valdivia*, compuesto el 1º de abril de 1868 por el Intendente de Valdivia, Rafael García Reyes, se acredita que para



montañosa interpuesta entre los ríos San José y el Calle-Calle, como la “antigua frontera” meridional de la Araucanía.<sup>(1)</sup>

De cualquier forma, en el siglo XIX tendió a consolidarse la costumbre colonial de designar como *williche* a la población residente en el tramo de la Araucanía comprendida entre el Toltén y los ríos cercanos a la latitud del puerto de Valdivia. Por lo común se habló de “*huilliches de ultra Cautín*” para referirse a ellos. O, más esmeradamente, como “*huilliches del sur al Toltén*” para referirse a los nativos emplazados entre los pagos de *Toltén-Pucoyán y Panguipulli*; y aún a los de “varias reducciones sueltas”, radicadas en el austro de éste último paraje “pie de la cordillera de los Andes”.<sup>43</sup>

Conforme a Melchor Martínez, en cinco “provincias” indígenas se fraccionaba el territorio contenido entre el río Bío-Bío y la Isla Grande Chiloé; a saber: 1. la costa (desde Bío-Bío al puerto de Valdivia); 2. los llanos (desde el río Bío-Bío al río Calle-Calle); 3. la franja subandina (desde la plaza de San Carlos en las proximidades del Bío-Bío hasta Villarrica); 4. cordillera Andina (desde el nacimiento del río Maule hasta la cabecera del río Bueno); 5. la provincia comprendida desde el río Calle-Calle hasta la gran isla de Chiloé.<sup>44</sup>

En todo caso, para la época de la Guerra a Muerte, el gobierno de Chile, mediante su principal órgano público de información ministerial, afirmaba, sin un ápice de duda, que

“la plaza marítima de Valdivia está situada a 140 leguas al sur del Bío-Bío, que forma los límites australes de Chile. El país intermedio comprende los cuatro Utalmapus, a provincias del Estado antiguo e inconquistado de Arauco”.<sup>45</sup>

---

una fecha tan tardía, “la parte de los araucanos poseen en este departamento se extiende por la costa y por el norte desde el morro Bonifacio, a la entrada del puerto de Corral, hasta el río Nehuín... Desde este río para el norte, son dueños de la extensión que sigue hasta el Toltén en todo el ancho del país; esto es, ocupan la región boreal de la provincia, comprendida entre el Pacífico y los Andes, al norte de Nehuín. Por el este poseen también la región subandina y casi la totalidad del llano central con inclusión de la mayor parte de la serranía que lo separa del valle de la costa, hasta tocar la margen derecha del Calle-Calle... quedan en poder de los indígenas unos tres mil quinientos kilómetros cuadrados; o sea, las cuatros quintas partes de la extensión comprendida entre el Toltén y el Calle-Calle (Docs. Relativos a la Ocupación de Arauco, Stgo. 1870: 101).

(1) Al poco tiempo de llegar a la Araucanía, ocupada ya por la República, el gran etnólogo Tomás Guevara, se preocupó puntillosamente de precisar que: “La antigua Frontera estaba comprendida entre la cordillera de los Andes y el Océano Pacífico, entre el *Bio-Bio* y la serranía que se encuentra entre los ríos San José y Calle-Calle, es decir, extendiase desde el 37° 40' de latitud hasta los 39° 28'” (*Historia de la Civilización de la Araucanía. Stgo. 1898. T.1:11*).

<sup>43</sup> “Territorio de Arauco y Población de los Indígenas”. *Anuario Estadístico de la República de Chile, correspondiente a los años 1868 y 1869*. Santiago, 1870. Cfr. N°XIII: Tablas Estadísticas.

<sup>44</sup> Martínez, 1805: 243.

<sup>45</sup> *Gazeta Ministerial de Chile*. N°75. T. 2, 23-12-1820: 2, nota (a).

En sustancia, lo que globalmente por entonces se entendía como “país araucano” con olvido de los matices y sutilezas étnicas primantes en su interior.

Los altos dignatarios abajinos tenían al inicio de la Guerra a Muerte limitadas drásticamente sus opciones políticas y bélicas. No tomar partido por la causa del Rey importaba ser inexorablemente atacados por el inmenso ejército indígena-realista, comandado por Benavides. En esta disyuntiva, esperar confiados en su sola fuerza la embestida de los guerrilleros unidos a los wenteche-lelfünche contrarios a los patriotas, a los costinos y a algunas parcialidades de ultra Cautín, equivalía al suicidio colectivo. La única opción o camino propio viable en esa circunstancia era la consecución de alianzas exteriores “fuertes”. En otras palabras, unirse prestamente a la causa separatista.

Un paso semejante reportaba, a corto plazo, soportes vitales para el mundo nagche. Por de pronto, el arribo de fuerzas auxiliares remitidas por el ejército patriota austral que vitaminizaba considerablemente la defensa abajina, con su poder de fuego y su capacidad táctica, amén de los pertrechos necesarios. El refuerzo de tropas republicanas permitiría a los adalides abajinos de mayor opulencia cautelar mejor su riqueza más volátil ante una masiva maloca enemiga: el vasto contingente pecuario concentrado en los praderíos extendidos al oriente de Nahuelbuta y en los ambientes propicios de esta serranía marítima. Por la inversa, abría la posibilidad de generar sus propios malones a costinos, arribanos y llanistas promonárquicos y acrecentar por esta vía su gran riqueza ganadera, expoliando la de los arribanos, que era prominente.

En el largo plazo de alternativa de formar coalición con las fuerzas independentistas ocultaba plausibles anhelos de hegemonía provincial. Una derrota de costinos, arribanos y lelfünche realistas abría una posibilidad cierta de fundar, al fin, una supremacía regional para los altos caudillos abajinos. En la postguerra venidera, de salir airosos, los grandes toki nagche entrarían a desempeñarse como los interlocutores oficiales del estado criollo, el nuevo poder interventor de la Frontera. Relevando el estado borbónico, fatalmente serían desplazados de su sólida posición intermediaria los mandos aborígenes de vieja filiación realista, del orbe costino, arribano y llanista.

La confederación acaudillada por Juan Mangin Wenu, hijo del ñidol lonko Kalvukeo y deudo, por madre, de la noble estirpe de los Kilaweke; y por el toki Francisco Mariluán consanguíneo, por su progenitora, de los Kilaweke,<sup>46</sup> habría de oponerle un bloque étnico capaz de constituir un riesgoso arrecife contra el cual naufragaran los sueños y designios de los toki nagpoluche. Los jefes y linajes inmersos en la alianza arribana-llanista-costeña eran de mucha cuenta. Los Kilaweke, entre quienes destacaban Kolicheo y su hijo Keñtekol, emparentados con los Lemunao; la familia

---

<sup>46</sup> Tomás Guevara, *Los Araucanos en la Revolución de la Independencia*. Santiago, 1910: 84. Meinrado Hux, *Caciques, Borogas y Araucanos*. Buenos Aires, 1992: 123.

Pailaweke regida por Enefweke, ligada por afinidad con los Wenchullan, de Huillinleufe (Victoria), así como con los Epulef, eran pilares sólidos de la liga antirrepublicana. Empero, no lo eran menos los Kidel, de Truf-Truf (bajo el liderato de Kurilaf y su hijo Juan Kidel); sus parientes, los Romero, de Mentrenco y varias “tierras aliadas” del linaje (o *elfae*) de los Kidel; como las de Aillipén, Quechereguas, Pitrufuquén y Llamuco. O los Lienán, de Temuco, cuyo *ñidol* (principal), Nawelwen, emparentado con los Wichacura de Callahue (al sur de Cautín, frente a Temuco), que prevalecía sobre los territorios contenidos desde Temuco hasta Pillanlelvún, por la ribera derecha del Cautín y *kiñeche* (pariente) de los Inal y Nawelwal, de Chol-Chol.

Se alistaban en esta profusa *wichawn* (alianza) los Kollío Kotar, de Llaima, afincados en Trompulo, *mongeyél konkêlén* (emparentados) con los Romero de Truf-Truf. También, los *küpan* de Rafa Llakamilla Burgos, de origen mestizo y antiguo comisario y lenguaraz de ideario realista establecido al sur de Temuco; los Wenchaul, de Quepe, aliados estrechos de las reducciones de Pelal, entre las que descollaba la de los Mankelef, bajo la conducción de Wenuñ, muy asociado política y militarmente a los varoanos de credo realista; la *mogeyel* (parentela) de los Kalfukir, de Molco, al oeste de Pitrufuquén, borderizos al Toltén, perteneciente al gran clan de los Paillalef, de la Araucanía meridional, cuyos *kuñil* (miembros de familia) o permanecieron tibios o neutrales en la contienda, pese a que algunos combatieron por los patriotas o por los republicanos.<sup>47</sup>

Los voroanos (o vorogas, como los llamaron en Argentina), por sí mismos constituían un factor geoétnico especial. Varios de sus “caciques mayores”, como Juan José Melín, Mariano Rondeau, Kañiukir, Waikil, Alón (o Alún), Antonio Coisele y Melinguir, combatieron fanáticamente por el Rey, en buena camaradería bélica con Mangín y Mariluán, e iniciaron invasiones a la Pampa Seca y Húmeda rioplatense durante los años de la Guerra a Muerte, logrando establecerse a firme en los focos fértiles de Salinas grandes y Carhue, y su hinterland, en la pampasía oriental. Además, se contaban los Nekulmañ, cuyo mayor adalid monarquista fue Bautista (o Bartolo) Ñonkipán, hijo de Lefimañ, asistido por un “valiente salinero” (i.e. voroanos que expedicionaban a Salinas Grandes, al este de la serranía andina), como fue Tromilén. Otro voroano de respeto fue Malalikán. “Caciques godos” hubo que iluminaron, con la propia luz de su arrojo, la confederación contraria al Arauco patriota, como Kurikeo, señor de Pillanlelvún (comarca al noreste de Temuco, a orillas del Cautín), quien hacia 1821, aparte de mandar a las reducciones de sus tierras, era capaz de aglutinar tras de sí a las de Voroa, Quepe, Mañío, Collahue y Truf-Truf. O como Ignacio Kolikeo, nativo de Huincul, que se estableció después de Masallé (noroeste de Carhué) junto a la cúpula cacical de los voroanos, y que tuvo además como prosélitos relevantes a su

<sup>47</sup> Tomás Guevara, *Las últimas Familias y Costumbres Araucanas*. Santiago, 1913, (en adelante UFCA): 51, 52, 53, 59, 60, 61, 63, 64, 65, 67, 68, 70, 72, 75, 76, 79, 80, 84, 85, 87, 88, 89, 98, 104, 105, 106, 107, 121, 127, 128, 183, 184. Hux, 1992: 123, 124, 125, 126, 137, 138, 139, 140, 141. Vid. También fuentes de ANS, citadas en las notas 1 y 2. Además, Guevara, 1898, T.I: 36 et.seq.

sobrino Andrés Raninkeo, y al renombrado “Vuta” Piseñ (o Pincen “El Viejo”, como suele nombrarse también), fundador, como Kolikeo, de una estirpe respetada y poderosa en los desiertos del Plata.<sup>48</sup>

Asimismo, a los lelfünche y wentenche realistas los respaldaban con fervor las parcialidades lafkenche, en especial del sector del golfo de Arauco, capitaneadas, según hemos visto, por lonko como Malakura, Linkopichúm, Villakura, Kalfuñir, Kanuto, Juan Cheukemilla, Nagolpar, Wenchukir, Kemeñam, Linkopí, Antimán y Malil, entre varios de los que sobresalían en la pléyade de “caciques y caciquillos” costinos comprometidos con la causa del Rey. Hemos visto que los llanistas y arribanos fernandistas pudieron meter baza en la propia esfera de influencia de los abajinos patriotas, logrando conseguir la adhesión de la parcialidad de Katrileu, yerno de Lorenzo Kolipí; así también, la de otro deudo de éste, el lonko Kadiñ, del pago de Idaico, y la de Lorenzo Kolimán, de Rapanilahue. Empero, los hilos del influjo de los llanistas y arribanos de Mariluán y Mangin llegaban cumplidamente hacia el este. El grueso de las reducciones pewenche del poniente y oriente de la cordillera de los Andes solidarizaban con ellos, animados por los lonko Toriano, Nekulman, Chuika, Mulato, Choikián, Wenñire, Millalem, y otros; todos sujetos a la jefatura de Toriano, el más influyente cabecilla pewenche, quien tenía renombre entre las “naciones” aborígenes de la pampa rioplatense. Ciertamente, fuera de estos bloques étnicos prohispanos, muchos toki de acentuada individualidad podrían mentarse: Kolimán, de Santa Bárbara (no se trata del pariente de Kolipí), Kalfulán y Antineu, de la zona de Collico: el “Cacique Gobernador” Wankelonko, de Renaico, Kallelevi, de Quilén, Caniwala, de Potuwén, Chakonawel de Ketahue, Kalkufura (también llamado confusamente Kalfukura) de Pitrufrquén; Kaleufo, lenguaraz de Benavides, que se aposentó en el vado de Donquil, sobre el Toltén, desde donde logró incitar a la rebelión a las colectividades mapuche del norte de Valdivia. Y, en fin, una estela de otros jefes nativos de arrojito, como Keipul, Kitewempu, Kuriñawel, Villamilla, Kipulkolin, Aillaponchi, Kinkolén, Pitutren, Millawe, Kintrelen, Koiweñir, Katiwalo, Rikinawel, Cayuwen, Puichemar y Linkomilla, de diversos ámbitos de Araucanía. Sin olvidar a toki relevantes de la talla de Pablo “Lebenopán” (o “Levnopán”), según lo designan los escritos republicanos, también conocido como Pablo “El Chileno”, y a quien se le atribuye un origen (incierto, a nuestro entender), voroano (probablemente, el apellido fuese más correctamente Lefngenpan, abreviatura de Lefngenpangui, alusivo a león (puma) veloz, ligero u otra variante análoga). Caudillo que al frente de miles de lanceros “chilenos”, desde sus aduares levantados en las cercanías de la laguna de

<sup>48</sup> AGN, S. VII 10-4-1; S. X 27-7-6; 24-9-1; 25-5-1; 14-3-1; 27-5-6; 27-5-5; 27-5-6; 40-7-10; 38-5-3; 24-8-6; 18-4-8; 27-7-6; 29-7-6; 6-7-10; 28-4-1; 34-9-1; 23-4-6; 20-1-1; 25-5-1; 27-6-1; 24-9-1; 27-6-5; 27-5-3; 40-7-10; 24-8-5; 27-7-5; 18-4-8; 19-4-5; 19-7-3; 20-7-2.

Argentina. Comando General del Ejército. Dirección de Estudios Históricos. División Archivo, Buenos Aires: Leg. 293, 298, 1429; 1476; 209; 199; 225; 207; 221; 198; 208; 1473; 169; 94; 245; 216; 244; 699; 8006; 9139; 4020; 6669; 1239.

Jorge Beauchef, *Memorias Militares para servir a la Historia de la Independencia de Chile* (1817-1829), Santiago, 1964: 211, 212, 213, 214, 215, 216, 217, 218.

Guamini, en la pampa bonaerense del sudeste, siguió a José Miguel Carrera en sus correrías contra las fronteras porteñas, en 1820; o a la banda realista de los Pincheira, en su lucha antirrepublicana. Hostilidades que en las regiones de ultracordillera practicaron también otros aliados de Benavides y Pico, como los hermanos Kinteleu y Victoriano, amén de otros parientes de éstos, cuyo linaje, de origen valdiviano, llegó a ser respetado en Salinas Grandes, hacia 1810. Para 1822, Victoriano comandaba más de 600 kona y una partida de blancos enviados por Pico a comerciar recursos con las tolдерías indígenas de la pampa y a hostilizar las guardias fronterizas del sur de Santa Fe, en compañía de otros caciques realistas como Kollipal, Martínez (sic) y Niñaguirre (probablemente sea ningaingërü, onomástico alusivo a “zorro impaciente o inquieto”, desfigurado por la fonética castellana).<sup>49</sup>

Es notorio que los nagpoluche, los abajinos del oriente de Nahuelbuta, estaban distantes de competir con esa vasta coalición de cacicatos y confederaciones geoétnicas. Sus dos señores principales, Lorenzo Kolipí y Venancio Koñoepan, poseían vínculos, alianzas y lealtades más reducidas. Lorenzo Kolipí contaba con la fuerza masculina de su propio linaje: sus hijos Pedro, Luis Marileo, Llankile, Kapitan, Weñache y Toro Kolipí; varios hermanos entre los que rutilaba Ambrosio, conocido también como Pinoleví; Wenchu (sobrino); Ankamilla (suegro) y otros componentes de su parentela (ñi pu mongeyel). Entre los linajes (elfael o elpame) que le eran adictos se contaban los *Tromo*, de Vutaco, mandados por el impetuoso Monche Painemilla, bien asistido por sus hermanos Millaleo, Kintreleo y Tromulef; los *Melín*, de Lilpulli, al sur de Los Sauces, regidos por Meliñanku, espaldado éste por sus hijos Piukon, Domingo Waikin, Minchekeo y Toro Melín; los *Ankamilla*, de Trihuelemu, cuya cabeza, como dijimos, era suegro de Lorenzo Kolipí; lo *Kilapi*, de Queuque, al norte de Los Sauces, mandados por Futa Kilapi (Kilapi el Viejo); los *Ankamilla*, de Huequén, conducidos por el lonko Tranomilla; los *Marín* de Trarulemu, entre Angol y

<sup>49</sup> Comando General del Ejército. Dirección de Estudios Históricos. Círculo Militar. Biblioteca del Oficial. Política seguida con el Aborígen (1820-1852), Buenos Aires, 1974 (en adelante, CGE. DEH. CM. BO). Vol. 664/665: 167, 168, 169, 194, 197, 203, 204, 218, 226, 229, 233, 235, 236, 237, 249, 250, 284, 285, 289, 300, 398, 417, 486, 488, 525. Vol. 666/67/68: 38, 200, 204, 214, 231, 233, 234, 238, 248, 304, 306, 307, 308, 451, 456.

*Archivo de don Bernardo O'Higgins*. Santiago, 1960, Vol. XXI: (en adelante, ABO), 100, 101, 102, 103, 106, 108, 109, 112, 113, 115, 119, 120, 121, 122, 123, 135, 136.

José Rodríguez Ballesteros, 1835 *Colección de Historiadores de Chile*, Santiago, 1901, T.V, (en adelante CHCh): 321, 322, 329, 331, 332, 333.

Guevara, 1902, T. III: 36.

CHCh, T.IV: 101, 102, 116.

Mariano Torrente, *Historia de la Revolución de Chile (1810-1828)*; (1840).

CHCh, T. III. Santiago, 1900: 312, 384, 385, 386, 387, 423, 428, 429, 430, 431, 432, 434, 435, 436, 437.

*Conversaciones Históricas de Claudio Gay. Con algunos de los testigos y actores de la Independencia de Chile*. 1808/1826, ed. por G. Feliú Cruz. Santiago, 1965 (en adelante, CHCG (1808/1826): 41, 42, 43, 44, 50, 112, 113, 114, 115, 118, 119, 121, 125, 126, 127, 130, 131, 132.

Huequén, que acataban la autoridad de Raiñanku; los *Wenchekal*, de Arquenco, en Guadaba, obedientes a Bartolo Wenchekal; los *Kolima*, de Nacimiento, dirigidos por Dumolevi, “Cacique Gobernador”, apuntalado por dos primos poderosos, Paillamilla y Ankapi. Varios caudillos prestigiados por su personalidad avasallante descollaron con tonos propios en el partido de Kolipí, como Kalvungir, de las riberas del Malleco, Melingir, “cacique de bastón (Gobernador)”, cercano también al Malleco, Linkongir, oriundo de las nacientes de ese mismo río (actual Angol). Así como Peñoleo y Lempi, de la esfera boreal de Lumaco. Venancio Koñoepan, aliado de Kolipí, pero con bastante poderío propio como para siluetearse con plena individualidad en el concierto abajino, tenía su cabecera étnica en la comarca emplazada entre los ríos Quillém y Renaco, en Chol-Chol. Conceptuado como el mejor lancero de Araucanía y hombre de “buen pensar”. Contaba con hermanos diestros como Kallfupán, Wenchenawel y Millapan, e hijos no menos pujantes, como Millapan, Ramón y Venancio, aparte de otros Kiñeche, como Linkoguir, Melipan, padre de Martín Kollinao y Pedro Melinao, y el bien educado Pablo Millalikan, oficial del ejército de Chile.

Winchanwén (aliados) relevantes eran los *Painemal*, de Carirriñi, supeditados a los lonko Martín y Melillan Painemal; los *Kalvuñanku*, de Voyeco, uno de cuyos miembros, Felipe Rukañanco era yerno de Venancio; los *Kollío*, de Carriñi, comandados por Nawelwal y Mankeo Kollío, suegro de Martín Painemal, familia que formaba, junto a los Kollío “una sola parentela”; los *Vilu*, de Maquehua, que sobresalían a través de principales como León Alkavilú, Nankuvilu, Filumilla, Lonkomilla, Painevilu, Lonkovilu y Ankamilla. A este linaje maquehuano se vinculó Francisco Montero, célebre teniente del cuerpo de Cazadores, destacado en la región por el mando patriota, junto a un puñado de soldados que pronto adquirieron los usos y admapu indígenas, al punto que Montero casó con la hija del lonko Alkafilu; dando origen este héroe notable de la Independencia a la familia de los Maripan Montero, siempre orgullosa de provenir de semejante ancestro, el que, tras pasar en compañía de Venancio Koñoepan y otros caciques mayores del bando republicano y combatir a los Pincheira en Argentina, llegó a ganar, merced a magnas proezas de guerra, el grado de Teniente Coronel en el ejército de Rosas.

Algunos jefes pewenche, entre ellos Melikan, Romero (sic), Lailo, Winkilanken, Karilon, Pachiñam y Kalfuko, muchos de ellos de la zona de Antuco, lucharon concertadamente con los abajinos contra los “indios godos”. Otros toki de los mapu serranos, como Juan y Bernardo Kalfukura, combatieron del lado patriota y se mostraron amigables con los nagche de Kolipí. En las selvas extendidas entre el Toltén y Valdivia los apoyos étnicos a la Revolución fueron, en cambio, magros. Pese a todo, el cantón republicano de Valdivia fue bien apoyado por las reducciones del ñidol José, cercanas a ese puerto; si bien, después de la batida dada por la división comandada por Beauchef a las montoneras del norte provincial en 1822, el paisanaje de Pitrufquén se pasó al bando anti-godo y militó en el asalto dado por el coronel patriota al malal del cacique voroano Malalikan, tomado a principios de 1823, con gran estrago de la guarnición realista. Por el contrario, de Valdivia a Osorno el respaldo de los rewe mapuche a la República era encendido, perfilándose como adalid indisputado de la causa el cacique Railef, gran aliado del coronel Beauchef.

La desproporción numérica, en cualquier caso, eran tan desfavorable a los abajinos que únicamente el socorro de tropas de la Patria les permitiría emerger como convencidos en esa enorme contienda étnico-política.

Empero, esa victoria valía más en el dominio táctico que en el estratégico, desde el punto de mira geoétnico. Pese a aquel tratado de Tapihue (1825) formalizó la derrota de las montoneras realistas y los contingentes aborígenes que le secundaban, no consagró la aniquilación definitiva de los antiguos adversarios del litoral, llanos y faja piemontana andina. Francisco Mariluán y levos que le seguían mantuvieron un fuerte protagonismo en las contingencias bélicas de la Frontera, dando asistencia a las bandas de Miguel Senosián y de los Pincheira, que no acataban la paz de Tapihue; o sumando sus tropas indias a las divisiones sudistas que se lanzaron al derrocamiento del gobierno liberal de Santiago, comandadas por el general Joaquín Prieto (1829/1830). Figuración que Mariluán detentó hasta su muerte, hacia 1836. Manguin mantuvo una primacía más larga en Araucanía, al punto que en 1853, cuando recibió la visita de E. Smith, el toki mapuche y las reducciones arribeñas, más que nunca, proseguían constituyendo un factor indiscutible de poder indígena al sur del Bío-Bío. Al punto que ninguna de las dos grandes revoluciones liberales (1851 y 1859) pudo prescindir de su concurso y protección, incluso una vez derrotadas por los ejércitos de Manuel Montt.

Los abajinos, más allá de salir favorecidos de la Guerra a Muerte y quedar más cercanos a los centros de poder criollos en lo político, no lograron imponer la hegemonía incontrarrestable que sus adalides étnicos esperaban. La evolución de postguerra no colmó esa expectativa. El curso de los acontecimientos trabajó más en favor de un grupo estrecho de linajes nagche que del conjunto de los mismos. Los Koñoepán fueron uno de estos privilegiados, pese a la muerte temprana, en agosto de 1836, en Bahía Blanca, de su cabeza principal, el toki Venancio, gran aliado para entonces del gobierno de Rosas. Sin duda que el más gratificado fue el de Lorenzo Kolopí, fallecido en 1850, el rival de más respeto de Manguin. Sin embargo, la infatuación de Lorenzo por el grande apoyo militar que le brindaban las fuerzas fronterizas chilenas le llevó a acentuar el carácter despótico que caracterizó su vida pública, lo que generó divisiones y oposición interna de muchos linajes abajinos, incluido uno tan poderoso como el de los Painemal, al grado de incitar a una revuelta en su contra a mediados de la década de 1830, sofocada por los regimientos de la República después de una seguidilla de encuentros sangrientos en que los abajinos descontentos no trepidaron en confederarse con los llanistas y arribanos de viejo ancestro monarquista, con el propósito de poner dique a las pretensiones desmedidas de los Kolipí por fundar una hegemonía familiar en Araucanía con beneplácito winka.

De otra parte, los litigios que desató la expansión oficial de las “fronteras blancas” en el decenio de los sesenta en el país indígena soberano, condujo a la formulación de estrategias colectivas entre los “araucanos”, que consideraron la inserción de numerosos efael abajinos -aunque no todos- en las empresas de resistencia al proceso neocolonial impulsado por el Estado-Nación, si bien estas concertaciones casi siempre fueron meramente coyunturales y no de largo plazo. En este contexto de crisis,

los arribanos aparecían en posición de respetabilidad, derivación, en parte, de su actuación en la Guerra a Muerte, si bien su cohesión interna estaba lejos de ser sólida, e infinidad de linajes emergieron de ella como meros satélites de los más relevantes y mejor relacionados con la elite blanca en el poder. Un tanto a favor de su influjo en la franja oeste de la Araucanía lo proporcionó la rápida decadencia de los cacicazgos costeros, cada vez más sometidos a las estrategias integracionistas del Estado y en abierta descomposición política. No sucedía igual con los *lelfünche* y *wenteche* situados al este de la franja dominada por los *nagche* de los faldeos orientales de Nahuelbuta. Con ellos tuvieron que coexistir los *abajinos*, para bien o mal, en la política de relaciones fronterizas instaurada a partir de 1830 en adelante. Un nítido afecto-demostración de que la Guerra a Muerte no zanjó decisivamente, con excepción del núcleo *lafkenche*, las relaciones de poder y disputa entre las cabeceras y centros geoétnicos más influyentes del "territorio araucano". Al menos en lo que se refiere al estado en el cual éstas se encontraban a comienzos de la guerra independentista.